

Tachones

LOS RECUERDOS de aquel primero de Periodismo en la Universidad de Navarra permanecen en mi memoria con una frescura y nitidez asombrosas, mientras épocas mucho más cercanas se han difuminado en una neblina que parece confundirlo todo: personas, escenarios y detalles. Por alguna razón, las estampas de aquel curso 1976-1977 aguantan firmes, con todas sus formas y colores, como si alguien las hubiera patinado de una sustancia resistente al tiempo. Influye, quizá, que fuera el primer año lejos de mi familia, de mi ciudad y de mis amigos de siempre. De hecho, cuando aquel profesor impartió la clase introductoria de la asignatura pensé: "Chaval, esto es otra cosa. Esto es la universidad".

TAMBIÉN ÉL se estrenaba en la Universidad de Navarra y en la Facultad de Periodismo. Era un sacerdote joven, enérgico, descaradamente brillante, llevaba las mismas gafas que yo y me parecía algo chulito, aunque de un modo que nos hacía gracia y le sentaba bien. Grababa las clases, quizá para publicarlas o quizá para ahorrarse trabajo en el curso siguiente. El caso es que nos mantenía en vilo.

SERÍA CAPAZ de reproducir hoy algunas de aquellas sesiones en el aula 11, llena hasta los topes. También podría enumerar bastantes ideas que fecundaron para siempre mi entendimiento. Pero de entre todas destaca una. Parecerá boba a muchos. Yo, que le vamos a hacer, la guardo como la más importante, la más querida: a aquel profesor ¡le gustaban los tachones!

EDUCADO EN la estética escolar del "pasar a limpio", tan propia del bachillerato de entonces, me sorprendió mucho que D. **Gonzalo** nos pidiera tachones. Quería

exámenes con tachaduras, nada de folios immaculados repletos de buena caligrafía alineada en márgenes rectos. No. Él quería exámenes iluminados por palabras y párrafos descartados, emborronados, reescritos, rectificados, recompuestos. Quería que se vieran las suturas y las cicatrices de nuestro discurso. Nos quería, antes que eruditos, capaces de pensar y de rectificar. Quería que perdiéramos el miedo.

ES ALGO QUE me ha servido siempre para escribir y para vivir. Una cura preventiva contra toda cerrazón, contra todo fanatismo. Escribir es tachar, prescindir de aquella ocurrencia bella pero falsa o inexacta. Se lo agradezco, tanto, tanto, que he estado a punto de pedir que publicaran este artículo con los tachones. No le hubiera gustado, porque revisaba mil veces sus textos y los daba a la imprenta sin un solo error, sin una errata. Parece una contradicción y es sólo la consecuencia del gusto por el trabajo bien hecho, acabado.

EL MARTES mi teléfono móvil se llenó de mensajes que anunciaban su muerte. Eran antiguos alumnos, periodistas, que se la comunicaban unos a otros con pena: "Ha fallecido don **Gonzalo Redondo**", y cada uno añadía sus cosas.

"DESCANSE en paz, querido maestro", decía alguno.

psanchez@unav.es